

## **Alba y Nocturnidad: Lo Femenino Eterno.**

**Prof. Camilo Morón**

**Universidad de Los Andes – Venezuela**

**camilomoron@hotmail.com**

### **RESUMEN**

Lo femenino eterno nace en las fuentes prístinas del imaginario colectivo universal. Se presenta como la evocación misma de la naturaleza, en cuanto a generadora de toda vida; empero también simboliza parejamente la destrucción y el principio tanático en la dualidad esencial de la psiquis humana. En el caso venezolano, lo femenino eterno se ha conformado en torno a un grupo bien definido de imágenes, imágenes que se constituyen y reconstruyen en el crisol de nuestra historia nacional. En este ensayo pasamos revista a algunas de estas imágenes a partir de los datos aportados por la etnología y la etnohistoria.

**Palabras claves:** femenino, imaginario, etnología

## **Dawn and night: the eternal feminine.**

### ***ABSTRACT***

The eternal feminine born in the pristine sources of universal collective imagination. It presents itself as the evocation of nature, in terms of generating entire life, but also symbolizes the destruction and evenly Tanatos in principle essential duality of the human psyche. In the case of Venezuela, the eternal feminine has been formed around a well-defined group of images, images that are reconstructed and in the crucible of our national history. In this trial we review some of these images from data provided by ethnology and ethnohistory.

**Key wrds:** female, imaginary, ethnology

*“Ciencia, como la Noche tu nombre es de mujer.”*

Gorsedd Alberth.

En 1993, Jacqueline Clarac publica el ensayo “Mujer y Magia”, en el volumen colectivo “Diosas, Musas y Mujeres”, libro galardonado ese año por la UNESCO, Clarac establece relaciones entre los símbolos grabados en la roca, el pensamiento y la investigación sobre el género en etnología. Tratémoslos con algún detalle: Nuestro primer paso ha de ser interrogarnos acerca del pensamiento mágico. “El primero –nos dice Clarac– en haber buscado otro camino para acercarse a este problema y a esta comprensión, hacia dentro y desde dentro, hacia fuera y desde afuera, fue nuestro querido maestro-para-pensar Claude Lévi-Strauss. Descubrió que ‘la situación mágica es un fenómeno de consenso colectivo’ luego que ‘en toda perspectiva no científica (la que se consigue en toda sociedad, incluyendo la occidental) pensamiento patológico y pensamiento normal no se oponen sino que se complementan’. Es decir que ‘el pensamiento normal sufre siempre un déficit de significado, mientras que el pensamiento llamado patológico (por lo menos en algunas de sus manifestaciones como el caso del trance shamánico, por ejemplo) dispone de una plétora de significantes’.” (1) Como oportunamente subraya Clarac: “no debemos pensar el pensamiento mágico como teniendo un déficit de teoría sino, por lo contrario, teniendo demasiadas teorías sin control porque no cree necesario el control ya que en él es de ley que todas las asociaciones de ideas, de seres y cosas son posibles, según el contexto del momento.” (2)

Es en el espacio mágico, con su riqueza de símbolos y correspondencias, donde la imagen de la mujer recorta su silueta sobre un fondo de permanente y profundo significado. A este respecto nos dice Clarac:

“Quisiera mencionar esa representación de ‘madre temible’ al mismo tiempo que mágica, que he encontrado en el curso de mis investigaciones:

- Diosa de la fertilidad (buena pero temible).
- Inspiradora de las representaciones simbólicas tanto prehispánicas como actuales.
- Víctima y/o instigadora de desórdenes étnicos.
- Sacerdotisa de María Lionza.
- María Lionza misma, y su significación en la Venezuela de hoy.

“La importancia mágica y mítica de la mujer prehispánica llega hasta nosotros a través de una cantidad de objetos simbólicos (llamados arqueológicos por los arqueólogos) y de representaciones actuales, presentes en la población rural y urbana.

“Nuestros indígenas la concibieron en esa época llamada prehispánica (por los historiadores) tal como fue concebida universalmente, es decir, como el símbolo de la fertilidad por excelencia, y la base de todo un sistema representativo de la humanidad y del Cosmos. Como sucede en la mayoría de los grupos autóctonos americanos, su poder simbólico está estrechamente relacionado con los animales, míticos o no. Quiero hablar, por ejemplo, de animales tales como:

“-La gran serpiente mítica (Anaconda del Orinoco, con su vientre lleno de peces, la Gran Culebra de las lagunas sagradas de Mérida y Colombia, la Sirena de los grupos

afrovenezolanos del Lago de Maracaibo), la cual, lo mismo que las gárgolas de las catedrales góticas, los dragones chino, japonés y celta, la Echidna de la mitología clásica (a la vez serpiente, ave, mujer), la mujer-serpiente de los escitas, la Melusina bretona, la Esfinge, la Tarasca provenzal, etc... representan el agua que puede ser 'epifanía de la desgracia de los tiempos', la 'expresión misma del miedo' como diría Bachelard, ese arquetipo universal que sería a la vez teriomorfo y acuático, que constituye el espejo originario ya que 'mirarse en el agua es ofelizarse y participar de la vida de las sombras'; es el espejo - agua - sangre menstrual - luna - serpiente que van unidos en el 'Régimen Nocturno (Femenino) de la imagen' de Durand." (3). Son notables las amplias coincidencias entre las doctrinas del Yin-Yang, las ideas de Vatsyayana, contenidas en el Kama Sutra, y las investigaciones antropológicas de Clarac. Estamos, pues, en el reino de los arquetipos, de los universales, en el espacio de una gramática profunda, originada en el alba misma de la especie; pero sobre el tema central se dan algunas variaciones, caprichos del lugar, accidentes de tiempo. Así, por ejemplo:

"En Mérida de Venezuela como en Colombia, la serpiente es una de las manifestaciones de la Diosa Tierra-Espíritu del Agua, cuyo vientre es la tierra y el útero la laguna en la cual se han de sacrificar los niños humanos por el bien de la comunidad.

La rana y el sapo, cuya estrecha relación con el agua los transforma en símbolos 'naturales' de la fertilidad y, por consiguiente, de la feminidad. Estos animales, lo mismo que la serpiente, están grabados en la mayoría de los petroglifos de nuestro país y otros países de Sudamérica; conocemos también la gran cantidad de ranas esculpidas en piedra que son típicas de la arqueología del Occidente de Venezuela como de toda la Cordillera Andina hasta Perú.

El rabipelado (faro, fara, zarigüeya u opossum), ese marsupial americano, cuya asociación con la feminidad y la fertilidad es evidente por el espectáculo increíble de sus hembras cargando a sus hijos...

El zorro, todavía fuertemente relacionado hoy con el sexo femenino en ciertas comunidades campesinas merideñas y que, junto con el faro, el venado y la rana, fueron probablemente en la época prehispánica, en los Andes venezolanos, símbolos totémicos de matrilineajes.

"Nuestros petroglifos están llenos también de figuras de mujer pariendo y de pubis femeninos estilizados ( triángulos y 'corazones' ), lo cual se repite además en ese objeto tan representativo de la arqueología del Occidente de Venezuela y otras regiones colombianas y centroamericanas, conocidos por los arqueólogos como 'pectorales en alas de murciélago' o 'águilas' o 'placas líticas aladas', objetos que sólo llevaban aparentemente los varones en el pecho (sobre todo los sacerdotes o shamanes) y que son también una representación estilizada del pubis y piernas abiertas de la mujer en posición de parto." (4)

La mujer fértil, la mujer con hijos es la Diosa Madre Universal, es la Jamashia o Arca de Mérida, la Icaque de Trujillo, la Diosa del Agua y la Fertilidad, cuyo vientre es la tierra y la placenta, la Laguna-Luna. La mujer estéril, la mujer que no pare es la mujer-monstruo: la Llorona, la Sayona, la Dientona, la Bruja... es Agave devorando a su hijo, es Medea dando muerte a los suyos. La fertilidad mágica de la mujer ha sido concebida en Venezuela, como en muchas otras partes del planeta, en oposición a otro fenómeno que le es también típico y que siempre ha sido revestido por los hombres de poderes mágicos (en la Edad Media se creía que mataba la hierba, empañaba los espejos,

agostaba los brotes de la vid, disolvía el asfalto, producía manchas imborrables en la hoja de un cuchillo...): la sangre menstrual: la menstruación y por extensión la mujer menstruante.(5)

“La menstruación –apunta Clarac– es solamente terrible, al contrario de la fertilidad; es concebida en contraposición al agua positiva del útero que concibió; es decir, ella es sequedad. La mujer que menstrua ‘seca’ las plantas, ‘seca lo que toca’, ‘seca al hombre’; y la mujer que jamás ha concebido, ‘la mujer-sin-hijos’ es en lo imaginario merideño una mujer seca, porque se secó a sí misma. Ella es el equivalente de la mujer perseguida por el zángano, ese vestigio merideño del shamán, ya que éste seca también a las mujeres que persigue y posee; las persigue porque es varón pero las seca, probablemente porque también es andrógino, puesto que participa también de la naturaleza de la mujer-sin-hijos...

“La mujer que en efecto, es soltera y no tiene hijos todavía tiene su vagina y útero vacío. Si no los ocupa el penis del varón y, luego, niños (fetos), los ocupa entonces el zángano, esa síntesis del penis y del feto ya que no sólo persigue a la joven para poseerla sino que, luego, una vez que ha logrado penetrar en ella, anida en su vientre hasta que la seca totalmente, provocando su muerte.” (6)

En Falcón se cree en un ente con cualidades asimilables al zángano, y como éste legatario de la tradición shamánica, pero de características un tanto menos lúgubres y mortales; se les conoce como seretones, y son numerosas las consejas de sus tristes hazañas cinegéticas y eróticas. Verbigracia: La tradición refiere que una familia viéndose importunada por las nocturnas visitas de tan reprensible huésped, a causa de cierta hija casadera que tenían, decidieron mudarse lo más lejos posible, sin dar cuenta a nadie, y habiéndoseles olvidado no sé qué cachivache, se disponían a buscarlo, cuando una voz les susurró: “Tranquilos, que aquí lo llevo yo”. Y así otras muchas historias del mismo corte.

Los atributos menos gentiles de la Diosa, de la feminidad, de su arcano, pueden también encontrarse al otro lado del Atlántico, permaneciendo esenciales sus líneas maestras, como lo indica Robert Graves: “La Diosa es una mujer bella y esbelta con nariz ganchuda, rostro cadavérico, labios rojos como bayas de fresno, ojos pasmosamente azules y larga cabellera rubia, se transforma súbitamente en cerda, yegua, perra, zorra, burra, comadreja, serpiente, lechuza, loba, tigresa, sirena o bruja repugnante. En los relatos de fantasmas aparece con frecuencia con el nombre de ‘La Dama Blanca’, y en las antiguas religiones, desde las Islas Británicas hasta el Cáucaso, como la ‘Diosa Blanca’. No recuerdo poeta auténtico alguno, desde Homero en adelante, que no haya registrado independientemente su experiencia de ella. Se podría decir que la prueba de la visión de un poeta es la exactitud de su descripción de la Diosa Blanca y de la isla en la que gobierna. El motivo que los pelos se ericen, los ojos se humedezcan, la garganta se contraiga, la piel hormiguee y la espina dorsal se estremezca cuando se escribe o se lee un verdadero poema, es que un verdadero poema es necesariamente una invocación de la Diosa Blanca, o Musa, la Madre de Toda Vida, el antiguo poder del terror y la lujuria, la araña o la abeja reina cuyo abrazo significa la muerte.” (7)

Edvard Munch, al uso de los primeros artistas y poetas, nos ha dado un lienzo en extremo elocuente de la Diosa. “Por las fotografías que se conservan de la exposición de Leipzig de 1903, sabemos que dentro del ‘Friso de la Vida’ el cuadro Madonna inauguraba la serie dedicada al tema de la ‘Plenitud y el fin del amor’. Sin embargo, no

puede decirse a ciencia cierta cuál de las cinco versiones existentes del cuadro fue expuesta en Leipzig. Todo lo que se sabe es que, cuando fue exhibido por primera vez en 1893, el lienzo estaba enmarcado en un marco que llevaba pintados o tallados espermatozoides y embriones humanos. Este marco, que más tarde fue cambiado y que, al parecer, se perdió, confería al desnudo femenino un doble significado: aludía por una parte, a la concepción (espermatozoides), y, por la otra, a la muerte (los espermatozoides tenían por cabeza calaveras)... Hablando en términos mitológicos o literarios, la Madonna (o Mujer enamorada, como también se llama el cuadro) de Munch oscila entre Salomé y Ofelia. Justamente en este estado de indecisión –entre el sueño y la vigilia, entre estar de pie o acostado, entre emerger de las aguas y sumergirse en ellas, entre el mostrar y el ocultar– radica el encanto del cuadro que representa, junto con El Grito, la creación pictórica más famosa de Munch... En la roja aureola que corona a la Madonna, Arne Eggum ha querido ver incluso la media luna que se suele atribuir a la Diosa Astarte.

“Munch ha aclarado en dos textos su modo de ver la conexión natural entre la vida y la muerte en este cuadro. Sobre todo la alusión a la luz de la luna que hace pensar que el artista se estaba refiriendo a la versión que actualmente se exhibe en la Galería Nacional de Oslo: en la frente, la nariz, el mentón, y los pómulos de las figura podemos reconocer claramente reflejos de luz lunar. El primer texto dice: ‘En tu rostro está contenida toda la ternura del mundo. La luz de la luna baña tu rostro lleno de belleza y de dolor,... la muerte le da la mano a la vida y las mil generaciones de los muertos y las mil generaciones de los que vendrán forman una única cadena’.” En otro lugar leemos el poema: “La pausa en la que se detiene el curso del mundo / tu rostro contiene toda la belleza de la tierra, / tus labios carmesí, / como un fruto que madura, / se entreabren como con dolor, / la sonrisa de un cadáver, / ahora la vida le tiende la mano a la muerte, / se forja la cadena que une las mil generaciones / de muertos a las mil generaciones venideras’.” (8)

Esta figura que buscamos en los espacios simbólicos es la Diosa Madre primieva. Ella es Luna en el firmamento: astro. Ella es Diana y Virgen en los espacios celestes: beatitud. Ella es Hécate en los abismos, en el piélago nocturno: miedo. Ella es lo femenino eterno. Su nombre es Jamashia, Arca, Icaque, Sayona, Llorona, Anima... su nombre es incontable.

Para abandonar el tono un tanto crepuscular de las líneas precedentes, destaquemos un lado más amable de lo femenino Eterno, bellamente puesto en palabras de Mercucio – auténtico poeta creado por el poeta Shakespeare para componer el poema La Reina de los Sueños, según vio Antonio Machado, elevando así a Shakespeare a la dignidad de “poeta de poetas”; tras este hallazgo poemático, agotado el sentido de personaje en la obra, no es extraño que muera en el primer entrecruzamiento de espadas –(Acto I, Escena IV): “Ah, ya veo entonces que la reina Mab ha estado contigo. Es la partera de las hadas, y viene en tamaño no mayor que una piedra de ágata en el dedo índice de un concejal, arrastrada por un tronco de pequeños átomos, entrando por la nariz de los hombres, mientras duermen; los radios de su coche están hechos de largas patas de araña; la capota de alas de saltamontes; las riendas, de la más fina telaraña; las colleras, de los acuáticos fulgores de la luna; su látigo, de hueso de grillo; la cuerda, de una hebra; su cochero es un pequeño mosquito de librea gris, ni la mitad de un gusanillo redondo, sacado con un alfiler del perezoso dedo de una muchacha: su carro es una cáscara de avellana vacía, construido por la ardilla carpintera o el viejo gorgojo, que

desde tiempo inmemorial son los constructores de coches de las hadas. Y con tales arreos galopa noche tras noche por cerebros de enamorados, que entonces sueñan con el amor; por rodillas de cortesanos, que sueñan enseguida reverencias; por dedos de abogados, que sueñan enseguida sus honorarios; por labios de damas, que sueñan enseguida besos, y a las que a menudo la iracunda Mab aflige con ampollas, porque les huele mucho el aliento a confituras: a veces galopa por la nariz de un cortesano, que sueña que sigue el rastro a una súplica, y a veces se mete, con la cola de un cochinito de los diezmos, a cosquillear la nariz de un párroco mientras duerme, y entonces sueña con otro beneficio; a veces entra por la nariz de un soldado, que entonces sueña que corta cuellos extranjeros, sueña con brechas, emboscadas, armas españolas, y brindis de cinco brazas: y en seguida ella tamborilea en su oído, con lo que él se sobresalta y despierta, y, así, asustado, jura una oración o dos, y se vuelve a dormir. Esa es la misma Mab que trenza de noches las crines de los caballos, amasando los rizos de los duendes en nudos sucios y pringosos, que al ser deshechos presagian muchas desgracias; esta es la bruja que, cuando las doncellas están tendidas de espaldas, las oprime y las enseña a concebir, haciéndoles mujeres de buen concepto; ésa es.” (9)

Ora la conociésemos por Jamashia, Icaque, Arca, Diana, Hécate, Melusina, La Sayona, la Dama Blanca, la Reina Mab, la feminidad presenta de manera clara el rasgo por antonomasia del pensamiento mítico: la vía oposicionis: la cualidad de reunir atributos opuestos en un solo sujeto; esta capacidad de unir en uno lo contrario, de pasar de un concepto a otro aludiendo a infinitud de ideas, distintiva del pensamiento mágico ha sido señalada por Clarac no “como teniendo un déficit de teoría sino, por lo contrario, teniendo demasiadas teorías sin control porque no cree necesario el control ya que en él es de ley que todas las asociaciones de ideas, de seres y de cosas son posibles según el contexto del momento.” (10)

“Los mitos se comunican entre ellos por medio de los hombres y sin que los hombres lo sepan”, escribió Octavio Paz. Entre las mudas, empero elocuentes piedras de Vigirima, monumento megalítico, en el estado Carabobo, y las mitologías semiolvidadas, semiderruidas de los amerindios se tiende una secreta y delicada red de vasos comunicantes: los nervios de un mundo mágico.

#### BIBLIOGRAFÍA:

Jacqueline Clarac et. al.: *Mujer y Magia, en Diosas, Musas y Mujeres*. Monte Avila Editores, Caracas, 1993, p. 134.

Ibíd.

Ibíd., p.p. 134, 135.

Ibíd., p. 136. (subrayado nuestro).

Acerca de perspicaces investigadores que no dieron crédito a tan singulares atributos puede revisarse con provecho la obra de Aldous Huxley: *Los Demonios de Loudun*. Editorial Hermes, México, 1954, p.p. 17 et passim.

Clarac: *Diosas*. p.p. 137, 138.

Robert Graves: *La Diosa Blanca*. Alianza Editorial, Madrid, 1988, p. 29 y p.p. 512-523. (subrayado nuestro).

Ulrich Bihchoff: *Edvar Munch (1863-1944). Cuadros sobre la Vida y la Muerte*. Benedikt Taschen, Berlín, 1990, p.p. 42, 43.

William Shakespeare: *Romeo y Julieta*. Trad. y notas José María Valverde. Planeta, Barcelona, 1981, p.p. 21, 22.

Clarac: *Diosas*. p. 134 et passim.